
POTENCIA Y FACULTAD

Ver: *Posibilidad – posibilidades / Potencia y posibilidad / Potencia y acto*

«Toda intelección humana, incluso la reflexiva, tiene un momento intrínseco y formalmente material. Queda establecida así la universalidad de la materia: toda realidad, tanto la puramente material como la no puramente material, nace en el seno de la materia, en función determinante de la materia, y tiene un momento constitutivo intrínseco y formalmente material.

Ahora bien, esto no es materialismo. El materialismo consiste en afirmar que todo lo real y todas sus notas son de estructura exclusivamente material. Y esto es falso. ¿Cómo se va a decir que inteligencia, sentimiento y voluntad, como potencias, son potencias de estructura material?

Esto es imposible. **La distinción entre potencia y facultad es decisiva**. Que las facultades tengan formal e intrínsecamente un momento de sentir, esto es, de materialidad, no significa que las potencias como tales sean de estructura material. Esto sería imposible. [...]

En el orden funcional, la innovación más rica es justo la vida: la vida es una combinación funcional. Pero la inteligencia, el sentimiento y la voluntad no son funciones; la prueba está en que lo que inmediata y formalmente determinan es el modo de habérselas con las cosas, esto es, una *habitud*.

No es que en esta línea no exista innovación funcional. Existe y es de fabulosa magnitud: es toda la evolución y toda la historia de la especie humana. Sin embargo, inteligencia, sentimiento y voluntad no son en sí mismas funciones. Su funcionalidad se apoya en lo que ya de suyo son antes de toda funcionalidad. No pueden ser, por tanto, innovaciones sistemáticas de la materia en el orden funcional.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996. p. 411-412]

•

«Desde los tiempos de Aristóteles se ha hablado de *dýnamis* como potencia o facultad indiscernidamente. Y a mi modo de ver, hay que distinguir cuidadosamente entre potencia y facultad. Potencia es un poder o capacidad de producir o recibir un acto. Pero para su producción efectiva no basta con que haya potencia.

Porque si se tratara de un acto que requiriera la participación de diversas potencias, entonces habría que hacer una distinción importante. Esa participación, en efecto, podría ser algo así como un concurso de las diversas potencias en el objeto; cada una sería así como una fuerza, y el concurso objetivo de potencias sería una especie de composición de fuerzas.

Cada potencia produciría una "parcela" por así decirlo, del acto total; y la produciría precisamente por ser una potencia que tiene la facultad de producirla.

Pero no es este necesariamente el caso. Porque sería posible que cada potencia no estuviera capacitada para producir su acto, no porque necesitara el concurso de otras potencias, sino porque a pesar de ser "potente", su potencia fuera incompleta en cuanto potencia.

Y entonces la potencia no produce acto ninguno, ni total ni parcial. Las diversas potencias no son entonces fuerzas concurrentes en un punto, sino momentos intrínseca y formalmente constitutivos de la potencia completa, única capaz de producir el acto.

Solo la potencia completa en cuanto potencia estará entonces capacitada para producir el acto. Esto es, solo la potencia completa está "facultada" para producirlo. Solo entonces la "potencia" es "facultad". La potencia, pues, no es necesariamente facultad.

Toda facultad es potencia, pero no toda potencia es facultad. La potencia que no es facultad no solo no *ejecuta* su acto, sino que no puede ejecutarlo porque intrínseca y formalmente no es *facultad*.

Pues bien, en lo que sucede con la inteligencia. La inteligencia como tal inteligencia es pura potencia, y como potencia es esencialmente irreductible a la sensibilidad. Y por eso está en el plasma germinal no como facultad sino como potencia.

Y ¿Por qué no es facultad? Porque nuestra inteligencia es intrínseca y formalmente sentiente en tanto que facultad. Si no tuviera esta estructura sentiente sería potencia, pero no facultad. La animación y la sensibilidad son potencia y facultad por sí mismas; pero la inteligencia por sí misma es potencia, mas no facultad.

Solo lo será cuando logre efectivamente su estructura sentiente. Y este es un logro genético. De ahí que la facultad de intelección es, en tanto que facultad, un resultado de la génesis.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 503-504]



«Ciertamente, la inteligencia es esencialmente irreductible a lo sentido. Pero ¿qué es lo esencial en esta irreductibilidad? ¿Es una diferencia de facultades? Esta es la cuestión. Los griegos emplearon la palabra *dýnamis* que los latinos vertieron por *potencia seu facultas*. Pero es que, a mi modo de ver, potencia y facultad no son lo mismo.

La palabra *dýnamis* resulta por esto ambigua. Potencia es “un” modo (entre otros) de hacer posible algo. Pero no significa sin más que esa potencia esté ya facultada para ejecutar su acto.

Ciertamente la inteligencia como potencia es esencialmente irreductible al puro sentir. No hay duda ninguna: estimulidad, por mucho que se enriquezca y se complique, no será jamás realidad. Formalidad de estimulidad y formalidad de realidad son esencialmente irreductibles.

Pero esto no quiere decir que la potencia intelectual está facultada *por sí misma* para producir su acto. Solamente lo está en cuanto constituye una unidad intrínseca y formal con la estructura misma del sentir.

La inteligencia es la potencia de enfrentarse con las cosas como realidades, pero no es facultad. Para ser facultad ha de estar intrínsecamente en unidad con el sentir. Por tanto, en tanto que facultad de inteligir lo real como real es una facultad compuesta intrínseca y estructuralmente de dos potencias: la potencia de sentir y la potencia de inteligir.

No es la concurrencia de dos facultades, una sensible y otra intelectual. No. El hombre tiene para inteligir una sola facultad, la inteligencia sentiente, en la cual siente realmente la realidad en forma de impresión.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 36-37]



«Desde los orígenes mismos de la filosofía se ha partido de contraponer el “inteligir” a lo que llamamos “sentir”. Intelección y sensación serían dos formas, en buena parte opuestas..., ¿de qué? La filosofía griega y medieval entendieron el inteligir y el sentir como actos de dos *facultades* esencialmente distintas. La contraposición de inteligir y sentir sería la contraposición de dos facultades. [...]

Pues bien, la filosofía griega y medieval ha considerado inteligir y sentir como actos de dos facultades, determinada cada una de ellas por la acción de las cosas.

Pero esto, sea o no verdad, es desde luego una concepción que no puede servirnos de base positivamente, porque justamente se trata de facultades. Una facultad se descubre en sus actos. Por tanto, es al modo mismo de inteligir y de sentir, y no a las facultades, a lo que hay que atender básicamente.

Dicho en otros términos, mi estudio va a recaer sobre los actos de inteligir y de sentir en tanto que actos (*kath'énérgein*), y no en tanto que facultades (*katà dýnamin*). Los actos no se consideran entonces como actos de una facultad, sino como actos en y por sí mismos. En todo este libro me referiré, pues, a la “intelección” misma, y no a la facultad de inteligir, esto es, a la inteligencia.

Si a veces hablo de “inteligencia”, la expresión no significa una facultad sino el carácter abstracto de la intelección misma. No se trata, pues, de una

metafísica de la inteligencia, sino de la estructura interna del acto de entender. Toda metafísica de la inteligencia presupone un análisis de la intelección. [...]

Trátase, pues, de un análisis de los actos mismos. Son *hechos* bien constatables, y debemos tomarlos en y por sí mismos, y no desde una teoría de cualquier orden que fuere.

Pero aquí es donde se desliza un segundo equívoco. En la filosofía griega y medieval, la filosofía se deslizó desde el acto a la facultad. Pues bien, en la filosofía moderna hay desde Descartes un deslizamiento en otra dirección.

Es un deslizamiento dentro del acto mismo de intelección. Se ha considerado, en efecto, que tanto el entender como el sentir son distintas maneras de darse cuenta de las cosas. Entender y sentir serían dos modos de darse cuenta, es decir, dos *modos de conciencia*.

Dejando de lado por el momento el sentir, se nos dice que intelección es conciencia, con lo cual la intelección como acto es acto de conciencia. Es la idea que ha corrido por toda la filosofía moderna y que culmina en la fenomenología de Husserl. La filosofía de Husserl quiere ser un análisis de la conciencia y de sus actos.

Sin embargo, esta concepción resbala sobre la esencia de la intelección como acto. Al rechazar la idea de acto de una facultad, lo que la filosofía ha hecho es sustantivar el "darse cuenta" haciendo de la intelección un acto de conciencia.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 19-21]



«En la intelección me "está" presente algo de lo que yo "estoy" dándome cuenta. La unidad indivisa de estos dos momentos consiste, pues, en el "estar". El "estar" es un carácter "físico" y no solamente intencional de la intelección. Físico es el vocablo original y antiguo para designar algo que no es meramente conceptivo sino real.

Se opone por esto a lo meramente intencional, esto es a lo que consiste tan sólo en ser término del darse cuenta. El darse cuenta es "darse-cuenta-de", y este momento del "de" es justamente la intencionalidad.

El "estar" en que consiste físicamente el acto intelectual es un "estar" en que yo estoy "con" la cosa y "en" la cosa (no "de" la cosa), y en que la cosa está "quedando" en la intelección. La intelección como acto no es formalmente intencional. Es un físico "estar". La unidad de este acto de "estar" en tanto que acto es lo que constituye la *aprehensión*.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980 / 1991, p. 22-23]



«La historia no es una sucesión de vicisitudes: historia no es vicisitud. Tampoco es relato, ni mucho menos relato testimonial, documental. Tampoco es “sentido”. La tradición no transmite necesariamente, y desde luego nunca primariamente, un sentido de la vida.

Lo que transmite, lo que entrega, son formas de estar en la realidad de los progenitores como posibilidades de estar en la realidad de lo que reciben la historia. Las formas de estar en la realidad en cuanto transmitidas, sólo son posibilidades. Y por esto el llamado hecho histórico no es en rigor un “hecho”.

El hecho se refiere siempre al mero ejercicio de unos actos, mientras que las posibilidades no son ejercicio sino algo que se apropia o se rechaza o se sustituye para poder ser ejercitado. Lo posibilitado en cuanto tal ya no es un hecho. Es lo que formalmente constituye el “suceso”. Suceso es realización de posibilidades apropiadas, no es mera ejecución de un acto.

Lo histórico es una forma de estar en la realidad, una forma recibida como principio de posibilidades. Pero la historia no está montada reposando sobre sí misma. Es siempre y sólo la historia de la realidad humana. ¿Cómo afecta lo formalmente histórico a cada persona?

La historia transmite, digo, un principio de posibilidades, sólo de posibilidades. ¿De qué “posible” se trata?

Ante todo, no se trata de algo que suele llamarse posible en sí mismo. En este sentido posible es lo no contradictoria. Y esto posible es por tanto posible conceptivamente. Pero aquí no me estoy refiriendo a lo posible conceptivamente, sino a lo realmente, a lo físicamente posible.

Físicamente, lo posible es aquello que está “hecho posible” por algo. Y según sea este “hacer posible”, tendremos distintas formas de posibilidad distinguidas en filosofía.

Primeramente, posible es lo que está hecho posible por una potencia, por una *dýnamis*. Es la idea que viene de Aristóteles: posible es lo potencial. Pero, como ya he indicado, posible significa a veces no lo potencial, sino lo hecho posible por una facultad. No toda potencia está facultada para producir su acto.

Por tanto, no es lo mismo potencia y facultad. A veces, no coinciden. Cuando esto ocurre no basta con la mera potencia. Por ejemplo, la inteligencia es en el hombre potencia, pero sólo la inteligencia sentiente es facultad. La intelección humana es posible, pero no está hecha posible por la mera potencia intelectual sino por la inteligencia sentiente. Sólo ésta es facultad. Lo propio acontece con el sentimiento (sentimiento afectante), y con la voluntad, (voluntad tendente).

Pero a veces algo está hecho posible no sólo por las potencias y las facultades, sino por eso que en español llamamos, usando el plural, las posibilidades. Las posibilidades hacen posible algo por posibilitación. El hombre de Cromagnon es, en potencias y facultades, tan completo como el

hombre de hoy. Sin embargo, a diferencia de nosotros, no le era posible volar por el espacio, porque carecía de posibilidades. Es lo propio de la historia, como acabo de decir. Pero formalmente hay un cuarto sentido de lo posible.

Para efectuar los actos no basta con tener potencias y facultades, ni basta siempre con tener posibilidades de ejecución. Es necesario todavía que se puedan alcanzar determinados objetos y actos.

Para ello es menester tener lo que llamamos "dotes". Y lo que las dotes hacen posible en la realidad humana es lo que llamamos capacidad. He aquí los cuatro sentidos de la palabra y del concepto de "posible": potenciado, facultado, posibilitado y capacitado.

Las capacidades se van adquiriendo y perdiendo, y a veces se transmiten tradentemente. La historia de cada persona es últimamente capacitación. La historia es proceso positivo o negativo de capacitación. La transmisión tradente es un momento de la persona capacitada.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 70-72]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten